



Tapa del Libro Azul y Blanco, firmado por Perón y difundido como respuesta al Libro Azul, difundido por el Departamento de Estado norteamericano.

El historiador norteamericano Hubert Herring escribe, pocos meses después: "Tenemos una Argentina obstinadamente fuera de alcance, es decir, una Argentina que no va a permitir que le elijamos su presidente"¹²⁰. Page comentará, luego: "Para los Estados Unidos, la victoria de Perón fue una píldora difícil de tragar porque hacía resaltar las limitaciones de la habilidad de Washington para controlar los acontecimientos en América Latina"¹²².

¹²⁰ Diario *El Laborista*, Buenos Aires, 24/2/1946.

¹²¹ Page, John: ob. cit., p. 185.

¹²² *Ibíd.*

Perón se dirige a los trabajadores: "Si el patrón de la estancia, como han prometido algunos, le cierra las tranqueiras, rompa el candado o la tranquera o corte el alambrado y pase a cumplir con la patria. Si el patrón lo lleva a votar, acepte y luego haga su voluntad en el cuarto oscuro [...] No ceda ante nada. Desconfíe de todo [...] Estos comicios han de ser limpios y puros [...] Que la pureza, la justicia y la rectitud actúen porque, de lo contrario, no habrá valla que nos detenga"¹²⁰.

El 24, el pueblo concurre a las urnas. El escrutinio es lento y al principio otorga ventajas a la Unión Democrática, por lo cual los partidos tradicionales se apresuran a admitir la corrección de los comicios. El 6 de abril se conocen los resultados definitivos de todo el país: Perón-Quijano 1 527 231 votos; Tamborini-Mosca 1 207 155 votos. El peronismo alcanza, además, amplia mayoría en las cámaras de Diputados y Senadores.

CAPÍTULO XXXIV

PRIMERA PRESIDENCIA DE PERÓN

El peronismo en el poder

Como se ha señalado, desde 1935 se han venido produciendo transformaciones importantes en la sociedad argentina: la restricción de importaciones ocasionada por la crisis y luego, por la Gran Guerra, ha generado un importante crecimiento industrial que se expresa en la aparición de una clase obrera -ya no exclusivamente artesanal y de servicios, como en otras épocas- que nutre las fábricas con un fuerte componente proveniente de las migraciones del interior y de un empresariado de capitales nacionales interesado en el mercado interno. A su vez, en las Fuerzas Armadas ha crecido un sector nacionalista, con fuerte inclinación por el desarrollo industrial. Estos cambios no son percibidos por la casi totalidad de la dirigencia política en declinación. Así resulta que diversos sectores sociales no encontraban representación política en el escenario que ofrecía el fin de la Década Infame, donde las muecas sin sentido y la retórica vacua evidenciaban el agotamiento de una dirigencia.



Perón y Evita en la quinta de San Vicente.

Pero ese político apareció, desde la Secretaría de Trabajo y Previsión, y asumió como Presidente de la República Argentina el 4 de junio de 1946. Llegó para representar especialmente a esas nuevas fuerzas sociales, a todas al mismo tiempo y a ninguna en particular, más allá de lo que creyeran los mismos que lo elevaban a la cima del poder. En esa Argentina dependiente, semicolonias del Imperio Británico desde décadas atrás, se trataba indudablemente de un movimiento de liberación nacional, pero las condiciones históricas nacionales e internacionales en que emergió, como asimismo el colonialismo mental que apresaba a amplios sectores

de la sociedad argentina y algunos rasgos superestructurales confusos del propio movimiento, constituyeron al peronismo en un enigma indescifrable para muchos intelectuales y políticos, tanto en aquel momento, como durante muchos años después.

El pensamiento liberal-conservador pretendió reducir esta experiencia -muy rica en protagonismo popular- a la mera condición de "dictadura", "totalitarismo" o "tiranía". La izquierda tradicional lo juzgó -durante mucho tiempo- como una expresión del "fascismo" o del "nazismo" que, derrotado en Europa, habría reflorecido en nuestras tierras. Los universitarios lo habrían de reducir desdeñosamente a la condición de "populismo", es decir, un fenómeno político con base de masas cuyo líder las engaña demagógicamente, sin producir transformaciones económico-sociales de importancia.

En estas interpretaciones subyace la subordinación a la óptica mitrista, según la cual la Argentina, hasta el 4 de junio de 1943, habría sido un "gran país", ajeno a "la barbarie latinoamericana", "blanco y europeizado", que "ocupaba un lugar importante en el concierto de las naciones del mundo" o lo que es lo mismo, implica el desconocimiento de la existencia de una cuestión nacional, es decir, que aquella Argentina aparentemente fastuosa e independiente era solo "la granja de su Graciosa Majestad Británica", proveedora de alimentos baratos y consumidora de sus excedentes industriales, para beneficio de una minoría que habitaba en esa enorme cabeza que era la zona pampeana con centro en el puerto de Buenos Aires, con un cuerpo raquítico que sobrevivía apenas en la desolación del sur y en el hundimiento del oeste y el norte que alguna vez, allá lejos, habían sido las zonas más pobladas y desarrolladas. Como se ha señalado, los ferrocarriles trazados en abanico hacia Buenos Aires por el imperialismo inglés, como asimismo los Bancos, seguros, gran comercio importador y exportador, elevadores de granos, puertos, usinas eléctricas, frigoríficos y otros resortes vitales de la economía pertenecían al capital extranjero. Y de esa infraestructura colonial habían salido los presidentes que habían prestado servicios al Imperio, abogados de empresas inglesas como Quintana, en 1904, y Ortiz, en 1938, o ligados a sus intereses, como Justo en 1932.

El carácter semicolonial de aquella Argentina agroexportadora permite apreciar la progresividad histórica del peronismo como frente de liberación nacional que quebró esa dependencia. Sin embargo, su naturaleza policlasista y la conducción pendular del Gral. Perón le otorgan rasgos muy específicos que han provocado más de un quebradero de cabeza a quienes intentaron definirlo.

El peronismo: ¿fascismo o socialismo?

¿Cómo caracterizar a ese "hecho maldito del país burgués", según lo calificaba John William Cooke?

Quizás la mejor manera sea, en primer término, desechar las falsas categorizaciones con que se ha pretendido aprehenderlo.

¿Se trata acaso de un movimiento fascista porque uno de sus principales sustentos es un sector del Ejército de reconocida tendencia antibritánica? ¿Se trata acaso de un movimiento socialista porque el otro sustento fundamental está dado por el fervoroso apoyo de la mayoría de la clase trabajadora? Ni lo uno, ni lo otro.

El fascismo es la dictadura de la clase dominante de los países capitalistas desarrollados, pero sin colonias, apoyada en grandes sectores de la clase media y desocupados, cuyo objetivo es liquidar a la izquierda revolucionaria y consolidar el viejo orden a través de una política expansionista. Aquí, en cambio, la clase dominante se declara abiertamente en contra del general Perón, los trabajadores se organizan al calor oficial y el enemigo principal es la alianza de la vieja oligarquía con el imperialismo, con la complicidad de amplios sectores de la clase media.

Por su parte, el socialismo implica la colectivización de la propiedad y aquí, el peronismo impulsa un proceso de desarrollo capitalista con base en el mercado interno como nunca antes se había visto en la Argentina, aunque con importantes avances sociales -que llegan a afectar parcialmente la propiedad- y con el control del Estado sobre una franja muy importante de la economía (comercio exterior, depósitos bancarios, servicios públicos e incluso empresas industriales), que le otorga una fisonomía muy particular.

Las contradicciones del peronismo gobernante son muchas y mientras los obreros -que no tenían mucho que "desaprender"- captan inmediatamente sus aspectos más progresistas, los intelectuales -que saben mucho de los procesos europeos y los trasladan mecánicamente a una Argentina muy específica- se quedan perplejos o sueltan las interpretaciones más absurdas.

Esos rasgos contradictorios son, por ejemplo, que el peronismo promueve un intenso desarrollo capitalista con fuerte apoyo de los trabajadores; que reconoce importantes conquistas sociales a los sectores obreros a través de un líder de origen militar; que intenta la sustitución de importaciones apoyando a los capitales privados nacionales pero al mismo tiempo ocupa una importantísima franja de la economía con empresas estatales y que gran parte de los empresarios industriales beneficiarios de crédito barato y mercado interno en crecimiento no entienden -y a veces, ni siquiera apoyan- la política del gobierno.

Frente a este fenómeno tan singular, resulta comprensible la dificultad para descifrar su naturaleza histórica.

El frente antiimperialista

Sin embargo, a pesar de sus caracteres contradictorios, el peronismo se manifiesta, desde su nacimiento, como la expresión política de una confluencia de los sectores sociales que, en mayor o menor medida, resultaban sofocados por el viejo régimen agroexportador que conformaba una economía complementaria del Imperio Británico: trabajadores de una industria reciente crecida al calor de la crisis del treinta y de la Gran Guerra, desocupados o semidesocupados de las provincias empobrecidas del interior, sectores de clase media de modestos recursos, empleados de servicios y del aparato estatal, sectores de un empresariado nuevo de capital nacional que vende al mercado interno, parte de la oficialidad del Ejército con posiciones nacionales (en algunos casos, industrialistas); sectores de la Iglesia, a veces sacerdotes de vocación popular, a veces, otros que desde una óptica conservadora intentan que los cambios, que estiman inevitables, se produzcan en orden.

Esta confluencia de clases -en la cual conviven, desde el principio, coincidencias y disidencias- se define nacional en la medida en que pugna por quebrar el sistema de la dominación británica que ha convertido a la Argentina en semicolonias. Se trata, pues, de un frente antiimperialista o frente nacional de liberación, capaz de llevar a cabo esa ruptura de la dependencia.

Las diversas víctimas del imperialismo inglés, al no encontrar canales, en el escenario político del 40, por donde expresar su vocación de cambio, "inventan" el peronismo. El amplio frente social que clama por una conducción política, al no encontrar expresión en los partidos tradicionales, genera un liderazgo sobre la marcha nucleándose alrededor del coronel Perón.

"La del 45 -escribirá John W. Cooke- fue una situación revolucionaria donde los esquemas teóricos no servían. Faltaba una 'Izquierda Nacional' y ese papel pasó a ocuparlo el peronismo, aunque sin definirse como tal". La reflexión de Cooke es correcta, aunque

correspondería acotarle que la diferencia no estriba meramente en el rótulo (peronismo o izquierda nacional), sino en que el camino de la Liberación Nacional se intentaría dentro de los marcos del capitalismo, en la concepción de "la comunidad organizada", cuando, si el movimiento hubiese sido dirigido por una izquierda nacional revolucionaria lo habría hecho, según la revolución permanente, en el camino hacia el socialismo. (Esta es una mera reflexión teórica, porque esa Izquierda Nacional, tal como señala Cooke, no existía sino apenas en germen en el grupo Frente Obrero, que solo pudo definir su apoyo al peronismo en lo ideológico, pero no alcanzó a tener una presencia política concreta).

El peronismo ratifica entonces ese carácter de movimiento de Liberación Nacional cuando dirime fuerzas con el otro frente de clases que se le opone en defensa del viejo país: la oligarquía (terratenientes, exportadores, importadores, grandes comerciantes y banqueros) enfeudada desde décadas a los ingleses, que arrastra consigo a un importante sector de clase media usufructuaria de algunas migajas del festín colonial (subordinada, por la colonización pedagógica, a la clase dominante), alianza bendecida, protegida y hasta por momentos liderada por intereses imperialistas anglosajones.

La Liberación Nacional

El frente nacional así constituido desarrolla a partir de 1946 una política que significa la ruptura de la dependencia respecto al imperialismo británico y que por esta razón calificamos de Liberación Nacional. Dicha ruptura se logra a través de sucesivas medidas que recuperan para la Argentina los resortes de la economía que estaban en manos del capital inglés: la nacionalización del Banco Central mixto, que pone en manos del Estado el control de los cambios, las tasas de interés y la circulación monetaria; la nacionalización de los depósitos de la banca privada, que entrega al Banco Central el control del crédito; la creación del Instituto Argentino de Promoción del Intercambio (IAPI), que significa el control estatal del comercio exterior (antes en manos de un puñado de consorcios extranacionales); la nacionalización de los ferrocarriles y de empresas de transporte automotor, que permite reglar las comunicaciones terrestres según las conveniencias nacionales controlando a esa "tela de araña metálica" con centro en Buenos Aires donde se ahogaba la república (en el lenguaje de Scalabrini Ortiz); el impulso dado a la flota mercante, que permite lograr la suficiente independencia para manejar nuestras exportaciones sin depender, como antes, de las exigencias de los barcos ingleses y otras flotas extranjeras; la implantación de un régimen estatal de reaseguros (INDER), que quebranta la subordinación al Lloyds de Londres que era ejercido a través de Leng Roberts y reducía las posibilidades de manejar autónomamente nuestro comercio exterior. Por otra parte, el recupero de la soberanía sobre nuestros puertos, así como el reemplazo de la Compañía Primitiva de Gas por Gas del Estado, de la extranjera Unión Telefónica por ENTEL, de las usinas provinciales en manos de la American Foreign Power por la red de Agua y Energía y el desarrollo de Aerolíneas, constituyen otros tantos jalones que sientan las bases del proceso de Liberación Nacional.

Por unos pocos años, Argentina vivió sin deuda externa y se negó a ingresar al Fondo Monetario Internacional, al tiempo que privilegiaba convenios bilaterales, especialmente con los países latinoamericanos, para resguardar sus reservas, y defendía tozudamente el precio de sus productos exportables. Es cierto que la CADE y los frigoríficos extranjeros no fueron afectados por la política nacionalizadora, pero esto solo permite señalar una vacilación, una concesión, dentro de una política que incuestionablemente es de Liberación Nacional, por cuanto aprovecha la debilidad del imperialismo británico, al

concluir la Segunda Guerra, para quebrantar los lazos con que nos sometía y al mismo tiempo, adopta las medidas necesarias para que el imperialismo yanqui no pueda suplirlo en su función opresora.

En Tucumán, el 9 de julio de 1949, el gobierno declara que ha tomado la decisión de "declarar solemnemente a la faz de la Tierra, la justicia en que fundan su decisión los pueblos y gobiernos de las provincias y territorios argentinos de romper los vínculos dominadores del capitalismo foráneo enclavado en el país y recuperar los derechos al gobierno propio", firmando el Acta de la Declaración de la Independencia Económica.

Respecto a las tareas pendientes -en áreas donde el capital extranjero permanece indemne- conviene recordar este juicio de Scalabrini Ortiz: "En el dinamómetro de la política esas transigencias miden los grados de coacción de todo orden con que actúan las fuerzas extranjeras en el amparo de sus intereses y de sus conveniencias"¹. Del mismo modo, Perón sostendrá -especialmente para aquellos que entienden las luchas políticas como simples discusiones abstractas- que "ningún gobierno logra el 100% de lo que se propone, porque también el enemigo se propone un 100% opuesto. El proyecto nuestro no avanza solo sino en permanente enfrentamiento con el opuesto, de manera que cuando un gobierno popular consigue el 60 o el 70% de lo propuesto, debe ser apoyado sin por ello abandonar la lucha por profundizar las conquistas".

Un capitalismo nacional



Celebración del Día de la Industria hecho por la Fábrica de Chimeneas Argentinas. Revista En Marcha, noviembre de 1948.

Esta política antiimperialista -por lo tanto históricamente progresiva- no implica, sin embargo, la instauración del socialismo en la Argentina. Por el contrario, desarrolla en alto grado las fuerzas productivas bajo el sistema capitalista. En verdad, jamás hubo en nuestro país una fisonomía capitalista tan neta como entre 1945 y 1955, si se observa desde la óptica de la inversión, la actividad productiva, el pleno empleo, la sustitución de importaciones y el apoyo estatal a la industria nacional. Nunca hubo tanto humo saliendo de las fábricas, ni una presencia tan clara de empresarios nacionales manejando la política económica (como ocurrió entre 1946 y 1949 con Miguel Miranda), ni una fortaleza mayor de la clase trabajadora a través de una CGT única.

En un período relativamente breve, los argentinos ingresaron a la modernidad de la cual son expresiones rotundas la vinculación con el mundo a través de la empresa aérea nacional, la generalización del consumo del gas, el desarrollo de una poderosa marina mercante, la instalación de la televisión, la creación de la Comisión Nacional de Energía

¹ Scalabrini Ortiz, Raúl: "Palabras de esperanza para los que pueden ser mis hijos", conferencia en La Plata, noviembre de 1947. Folleto.



Fotografía de Perón junto con John William Cooke.

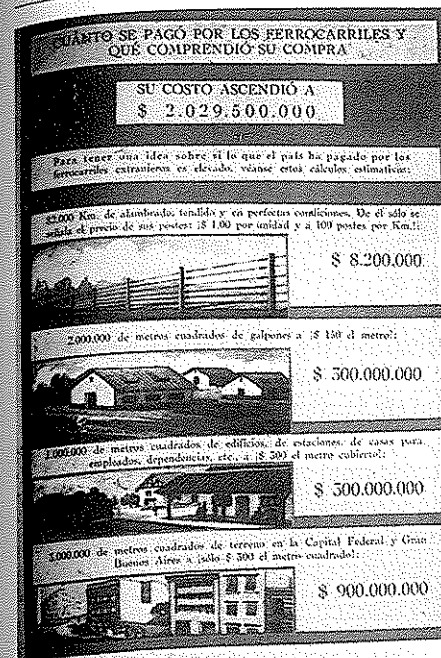
tar en las elecciones nombrando a sus representantes; de los muchachos del 30 estirando el ocio en la tertulia del "cafetín de Buenos Aires" o madrugando para conquistar buena posición en las colas de desocupados, a las escuelas técnicas o de orientación profesional o las diversas profesiones universitarias, cuyas posibilidades se multiplican por el crecimiento de las fuerzas productivas. Hasta la relación entre los sexos se modifica profundamente en esos años quebrantando viejos tabúes.

Estos cambios de la vida argentina denotan la profunda diferencia que existe entre un capitalismo dependiente, semicolonial, donde el imperialismo opresor ahoga todo crecimiento y modernización que no se inserte en el modelo de economía complementaria montado sobre "ventajas comparativas", y un capitalismo nacional donde los recursos naturales y las fuerzas de la producción se movilizan intensamente dentro de una planificación general dirigida a resguardar la independencia económica y la soberanía política.

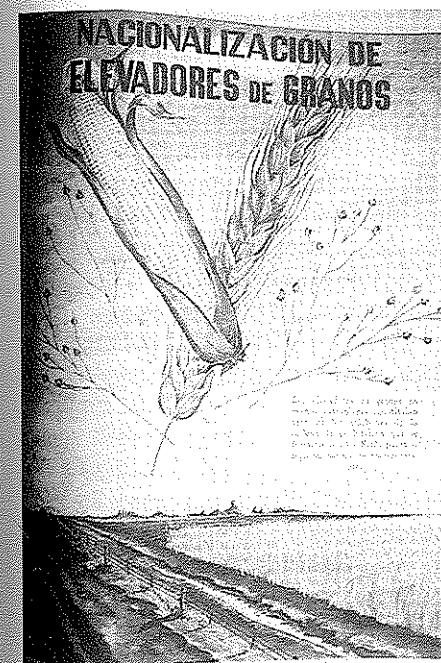
Sin embargo, cometeríamos un grave error si estableciéramos una analogía entre el capitalismo tal cual se desarrolló en los países centrales en épocas pasadas y este capitalismo nacional que vivió esa Argentina del gobierno peronista. Una de las diferencias más notables es que aquel capitalismo -europeo o norteamericano-, si bien logró el apoyo del Estado, especialmente en cuanto a tarifas protectoras, tuvo su columna esencial en la empresa capitalista privada y llevó a cabo la acumulación de capital succionando enormes masas de plusvalía a sus trabajadores. Aquí, en la Argentina, tuvo dos peculiaridades: por un lado, el proceso de crecimiento de las fuerzas productivas se caracterizó por una poderosísima franja de empresas estatales, a tal punto que podría hablarse más de una economía mixta que de una economía privada; por otro lado, la acumulación del capital no se basó fundamentalmente en la explotación de los asalariados, sino en la translación de ingresos desde el sector agrario al sector industrial y desde este, hacia los trabajadores. Es decir, compatibilizó de algún modo esa alternativa que plantean los eco-

Atómica, la fábrica militar de aviones y automóviles y las bases de la industria pesada (SOMISA), entre otros avances que marcan una clara diferencia con el viejo país.

Esa modernidad -expresión del desarrollo capitalista- no es debidamente valorada por quienes olvidan o desconocen los rasgos de la vida cotidiana en la Década del Treinta y no perciben la importancia del cambio: de las cocinas a carbón o eléctricas a las cocinas a gas, de las barras de hielo a las heladeras eléctricas, del conventillo a los departamentos de propiedad horizontal, de las muchachas condenadas a vapulear un piano alemán, estudiar "corte y confección" o espiar detrás de las persianas al "casoriable" que pasaba por enfrente (o la alternativa, las "luces malas" del centro), a frecuentar las universidades, las asambleas del sindicato y vo-



Explicación del balance de la operación que permitió la estatización de los ferrocarriles.



Balance de la acción de gobierno en el terreno de la nacionalización de engranajes estratégicos de la economía.

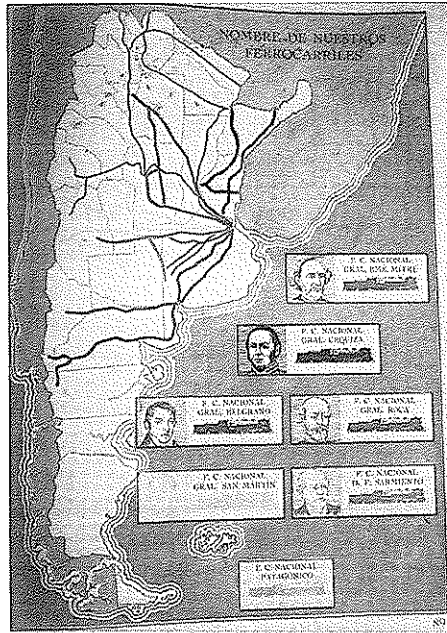
nomistas: inversión, es decir, acumulación de capital o redistribución de ingresos, que significa mayor consumo.

Ambos aspectos otorgan perfiles insólitos a esta experiencia: un capitalismo "sui generis" con un alto grado de "socialización" y el apoyo fervoroso y consecuente de los trabajadores, convertidos en columna importantísima del sistema.

La franja de economía estatizada

Este movimiento de Liberación Nacional que quiebra la dependencia y promueve el desarrollo de las fuerzas productivas no puede dejar las empresas de servicios y las industrias estratégicas en manos del imperialismo pero la debilidad de la burguesía nacional -que apenas se ha atrevido a abordar la industria liviana- obliga al Estado a controlar esas áreas. Ya entonces, estatización es sinónimo de nacionalización, así como privatización lo sería de extranjerización, décadas más tarde.

De allí la política peronista que, en pocos años, arma una estructura poderosa de empresas estatales: Agua y Energía, Gas del Estado, ENTEL, AFNE, ELMA, INDER, YPF, ENCOTEL, Ferrocarriles, Aerolíneas, Bancos Estatales y Banco Central convertido en receptor de los depósitos de la banca privada, IAPI, Vialidad Nacional, Elevadores de granos, Comisión de Energía Atómica, Puertos. Además, incursiona profundamente en sectores propios de la empresa privada: desde aquellas que implican una inversión de base muy alta, como la siderurgia (SOMISA) o la explotación del carbón (YCF) y la energía (especialmente usinas hidroeléctricas desaprovechadas durante décadas por la importación del carbón inglés), y también a través del grupo de las empresas DINIE (49 empresas, entre las cuales hay metalúrgicas, farmacéuticas, de construcción, químicas, etc., basadas en las ex empresas alemanas Osram, Geigy, Bayer, Crisoldinie, Metaldinie, Ferrodinie y otras) y el complejo de Fabricaciones Militares (empresas productoras de plaguicidas, funguicidas, solventes, productos químicos, etc., así como fabricación de aviones,



Afiche celebratorio sobre la estatización de los ferrocarriles.

¡PERON CUMPLE!

Un anhelo del pueblo argentino, mantenido sin solución durante largos años, quedará ampliamente satisfecho, al recuperar el dominio para el Estado de todos los ferrocarriles que circulan por nuestro territorio.

El gobierno del general Perón devuelve al patrimonio nacional el pleno uso de sus medios de transporte y comunicación, reafirmando su Declaración de la Independencia Económica, proclamada en Tucumán, y ratificando los principios de la soberanía argentina.

La nacionalización de la red ferroviaria dejará en manos del pueblo todas las rutas del país; será la llave maestra que regulará nuestro desenvolvimiento económico y el aumento de la producción, para pleno beneficio de todos los habitantes del suelo patrio.

CITA DE HONOR PARA EL PUEBLO
El 1° de Marzo de 1948
PLAZA RETIRO a las 18.30

Convocatoria al acto de la nacionalización de los ferrocarriles.

motores, autos y tractores en IAME-DINFIA, alcanzando, en 1953, a destinar el 80% de su producción al consumo civil).

Así, mientras la raquítica e inconsciente burguesía nacional —que en gran parte abominaba del peronismo— produce licuadoras, aspiradoras, heladeras, lavarropas, cocinas o telas para sustituir al casimir inglés, el Estado se ocupa de fabricar barcos en sus astilleros de AFNE (pone en marcha el astillero de Río Santiago), vagones ferroviarios, combustibles en YPF e inicia las primeras experiencias nacionales de fabricación de automóviles y aviones. Aquí se observa de qué modo el Estado sustituye a la burguesía nacional en un proceso de capitalismo nacional que ella debe protagonizar, pero para el cual resulta impotente.

Esa burguesía nacional falta a la cita con la Historia por tres razones: 1) por su debilidad material, apenas emergida recientemente en el país agropecuario donde el imperialismo y la oligarquía ganadera la han hostilizado siempre; 2) por su cobardía congénita que le hace impensable disputar la conducción de los negocios públicos a un patriciado al cual secretamente envidia y con el cual sueña desposarse, mientras la aterroriza ese proletariado que debido a la presencia imperialista tiene un crecimiento relativo mayor que el de ella misma y puede pretender darle su propia óptica a la lucha antiimperialista; 3) por su colonialismo ideológico, producto de su subordinación a los medios de difusión oligárquicos, desde la escuela a los diarios, que le impide alcanzar la conciencia histórica para intentar erigirse en clase dominante y desarrollar su proyecto.

Por esta razón, el movimiento nacional acaudillado por Perón lleva adelante un proceso de desarrollo nacional-burgués con apenas el apoyo de algunos sectores de la burguesía nacional (Miranda y Gelbard fueron sus principales exponentes) y esta circunstancia determina el otro rasgo tan singular del peronismo: él, que sustituye a la burguesía nacional en la conducción de este proyecto, tiene a la clase trabajadora como uno de sus principales baluartes, lo cual necesariamente mediatiza profundamente el carácter burgués del proceso, es decir, reconoce a los obreros un rol que no habrían



Tren Justicialista.



Evita despide a niños que salen de vacaciones.

estatuto del peón rural, salario mínimo, convenios colectivos, turismo social, CGT única, Ministerio de Trabajo, cuota obligatoria de retención sindical, pensiones, salario real en ascenso, Tribunales de Trabajo, agregados laborales en embajadas, plena vigencia de leyes laborales de antigua data que carecían de aplicación efectiva e incluso reconocimiento constitucional de los derechos más importantes.

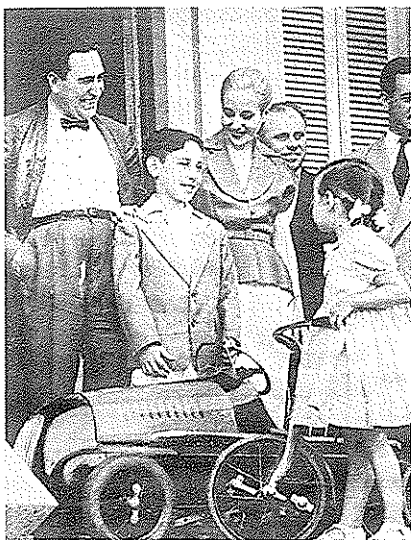
A la vez, debe observarse que los militares nacionales, con Perón a la cabeza, necesitaban confluir con otras fuerzas sociales para dar salida al empantanado golpe del 4 de junio. Estaban dispuestos a jugar un rol decisivo en una política nacional, pero en modo alguno sospechaban siquiera la posibilidad de una política socialista. Su aliado natural era la burguesía nacional, pues en cuanto hombres de una institución armada del aparato del Estado, se sentían también víctimas del imperialismo pero, por la misma razón de ser un engranaje del sistema, no apuntaban a subvertirlo. Sin embargo, solo algunos de los miembros de esa burguesía débil y timorata decidieron apoyar esa experiencia, lo que reveló que la única fuerza consecuentemente nacional eran los trabajadores.

Así, estos se convirtieron en la "columna vertebral" del movimiento, sin que esto modificase el camino capitalista de ese proceso de Liberación Nacional, pero sí disminuyendo profundamente sus rasgos burgueses. Por ejemplo, el gobierno peronista congela

tenido seguramente en un proceso nacional-burgués acaudillado por la burguesía. Además, les reconoce una serie de reivindicaciones importantísimas, como nunca antes en nuestra historia. De este modo, ese capitalismo nacional, con una gran área estatizada, ofrece una variante obrerista que lo torna decididamente diferente del capitalismo clásico, en su etapa inicial, en Europa y Estados Unidos.

La Justicia Social

Mientras en los procesos capitalistas clásicos, la acumulación se basa esencialmente en la explotación de los asalariados, en este curioso fenómeno argentino eso hubiese significado la desintegración del frente —y seguramente, la caída del gobierno— al perder a uno de sus componentes de mayor peso específico y cohesión social. Por el contrario, el peronismo se convierte en intérprete de los reclamos obreros y se caracteriza por darles respuestas: aguinaldo, sindicatos por rama, afiliación masiva, delegados de fábrica, comisiones internas, generalización de vacaciones pagas, indemnización por despido y accidentes de trabajo,



Perón y Evita reparten juguetes en la residencia presidencial.

Usted...

...que goza de los beneficios sociales y económicos consagrados por la Revolución desde el Gobierno, no debe olvidar que ellos tienen que ser asegurados para sus hijos.

Los Derechos del Trabajador

que compendian los principios de una Revolución integral, justa y equitativa.

deben ser incluidos en la Constitución Nacional

LA LIGA POR LOS DERECHOS DEL TRABAJADOR

le invita a que se sume a esta cruzada.

Lo pide el pueblo

Firme usted también el petitorio en Charcas 1743 y Avda. de Mayo 560

Afiche que promueve la incorporación de los derechos del trabajador en la Constitución de 1949.

mente de la explotación de sus peones (con muy pocos hombres maneja enormes extensiones de campo) sino fundamentalmente de la renta agraria diferencial, derivada de ese privilegio de clima y suelo. Por eso -como también se ha explicado- esa clase dominante está marcada por ese rasgo fundamental no burgués, sino parasitario y ello la lleva a

arrendamientos rurales y alquileres urbanos y llega a otorgarle a la Cámara de Alquileres el derecho de intervenir fijando el precio posible de compra cuando existe confrontación entre locatario y locador.

Cabe entonces la pregunta: ¿por qué el ingreso masivo de los trabajadores al frente nacional no significó el retiro de sus propios patrones de ese frente? ¿Cómo era posible redistribuir fuertemente el ingreso (hasta participar los trabajadores en más del 50% del ingreso nacional, inclusive hasta el 56%, según CEPAL), imponer convenios colectivos, defender a los delegados, imponer comisiones internas en las fábricas, crear Tribunales de Trabajo favorables a los obreros, etc., sin perder el apoyo de los Miranda y los Gelbard? Aquí entra a jugar un personaje, al cual ya hemos hecho referencia, generalmente oculto en nuestra historia, no obstante su influencia decisiva en nuestra conformación como país desde el siglo XIX: la renta agraria diferencial. Y es necesario detenerse en su análisis porque ella es una de las claves de los principales acontecimientos y procesos de nuestra vida política.

La distribución de la renta agraria diferencial

Como se ha señalado en un capítulo anterior, las excepcionales condiciones de clima y suelo de nuestra zona pampeana han permitido producir carnes y cereales a costos notablemente inferiores a los del resto del mundo. Es decir, en el rubro agropecuario, además de la rentabilidad común propia de este tipo de producción, existe una utilidad excedente o superutilidad que llamamos renta agraria diferencial y que está dada por la diferencia entre el costo del mercado mundial (que se fija en función de la producción de países con clima y suelo no privilegiados) y el costo argentino. Esta ventaja comparativa ha signado el carácter de nuestra oligarquía: es capitalista en tanto en cuanto fabrica vacas, paga salarios a sus peones y vende en el mercado mundial, pero no es burguesa en tanto en cuanto sus altas ganancias no provienen principal-

derrochar sus fabulosos ingresos y no a reinvertirlos, manteniendo durante décadas una total indiferencia por la innovación tecnológica y el aumento de la productividad.

Federico Pinedo, como se ha señalado, consideraba que nuestros costos son inferiores en ocho veces a los de la producción ganadera francesa y "entonces, ¿para qué producir acero, si es más caro que comprarlo?"²

Scalabrini Ortiz también abordó la cuestión aunque estimaba que la relación no era de 1 a 8 sino de 1 a 5. A su vez, Jauretche es más prudente: de 1 a 3 ó 4. Asimismo, el grupo "Frente Obrero" también analizó esta cuestión singular de la acumulación de capital en la Argentina, cuestión que el ensayista uruguayo Alberto Methol Ferré profundiza en *El Uruguay y el imperialismo británico*: "He insistido en el rol absolutamente decisivo de nuestra renta diferencial agraria. No se trató de arrancar una 'plusvalía' al trabajo, de acuerdo a la altura técnica de una sociedad dada, sino de apropiarse del 'factor espontaneidad' [la naturaleza] [...] La ganadería fue en el Río de la Plata una especie extraordinaria de 'automación biológica', una maravillosa 'cibernética natural' [...] El Río de la Plata generó así, sin mayor esfuerzo ni sacrificio social, la más alta renta agraria"³. Jorge Enea Spilimbergo, en la tesis *Clase obrera y poder*, para un congreso del Partido Socialista de la Izquierda Nacional, enriqueció esta tesis: "Se trata de una clase capitalista, pero, en lo fundamental, no burguesa, en la medida en que su ingreso básico no proviene del proceso de valorización del capital [obtención de plusvalía de los trabajadores] sino de un monopolio rentístico sobre la tierra y de la participación [de los invernadores] en el monopolio inglés de las carnes"⁴.

En la época en que no incursionaba en política y resultaba más serio en sus análisis, Moisés Ikonikoff ratifica este criterio explicando que la Argentina (o, con mayor precisión, "su clase dominante"), desde fines del siglo pasado, se enriqueció, pero no se desarrolló⁵.

La diferencia es crucial: la oligarquía se enriqueció, despilfarró sus ingresos (fabuloso derroche en viajes, personal de servicio, construcciones faraónicas) y en determinada época, parcialmente, le participó a la clase media radical para convertirla en su cómplice. Pero siendo parasitaria, rentística, no burguesa, despreció el proyecto de desarrollar el país, no reinvertió en el aparato productivo, fue indiferente a la gran oportunidad para echar las bases de la industria liviana y pesada, a fin de siglo, y más aún, como confiesa Pinedo, ni siquiera se preocupó por modernizar la producción agropecuaria.

Por eso hubo "enriquecimiento" (para un sector de la sociedad) y no "crecimiento de las fuerzas productivas" para todos. Por eso, cuando la historia mitrista habla de "una Gran Argentina" se refiere a lo que fue "una Gran Argentina" para la clase dominante, pero no para el resto de los argentinos. Esa renta se distribuyó hasta 1945, en parte, disminuyendo los precios de exportación, subvencionando el costo de vida de los obreros de los países centrales, especialmente ingleses; en parte, dilapidada por el consumo suntuario de la oligarquía y en parte, ensanchando el aparato estatal para absorber parcialmente la mano de obra desocupada, producto de una política económica antiindustrialista. El peronismo, en cambio, se apropia parcialmente de esa renta diferencial y la convierte en pivote de su política de crecimiento económico y justicia social.

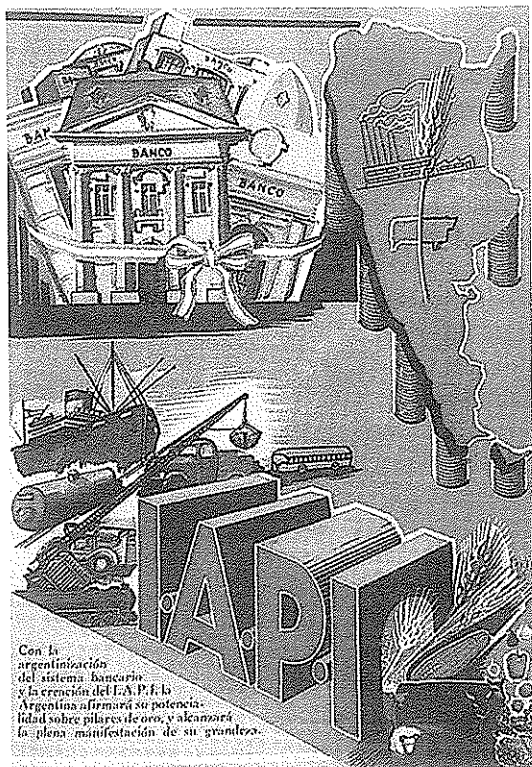
Para ello, controla la exportación a través del IAPI y fija tipos de cambio selectivos a través del Banco Central, concentra la venta al exterior defendiendo los precios y entabla

² Entrevista a Federico Pinedo, "El otro yo del doctor Pinedo", revista *Extra*, Buenos Aires, septiembre 1968, p. 33.

³ Methol Ferré, Alberto: *El Uruguay como problema*, Uruguay, Diálogo, 1967, pp. 54 y 55.

⁴ Spilimbergo, Jorge: *Clase obrera y poder*, agosto 1964, p. 3. Folleto.

⁵ Ikonikoff, Moisés: *De la cultura de renta a la economía de producción*, Buenos Aires, Legasa, 1989, p. 13.



Afiche del Instituto Argentino para la Promoción del Intercambio (IAPI).

tos rurales permite estrechar los márgenes de los terratenientes en provecho de los chacareros arrendatarios y los alivia a estos del menor precio que resulta de la exportación al mencionado tipo de cambio. El congelamiento de alquileres urbanos –no solo de viviendas sino también de locales– actúa asimismo como un subsidio a los sectores comerciales e industriales, reduciendo la renta parasitaria de los dueños de inmuebles.

Esto significa que el sector industrial se convierte en beneficiario de una importante redistribución del ingreso que se logra transvasándole una buena parte de la renta agraria diferencial desde el sector oligárquico. Aquí reside el principal factor en que la reciente burguesía industrial basa la acumulación del capital, jugando la plusvalía obrera como otro elemento, pero no el principal, ratificando así la originalidad de este proceso.

Esa burguesía industrial que opera con créditos baratos, protección aduanera y mercado interno en expansión cede, entonces, a cambio de esos privilegios, una serie de beneficios importantísimos en favor de la clase trabajadora: aumento del salario real, mejores condiciones de trabajo, aguinaldo, ampliación del sistema previsional, etc. La contradicción obreros-empresarios industriales no cesa, pero se amengua notablemente: sus relaciones se aceitan merced a la renta diferencial. En tanto los precios internacionales de los productos exportables tradicionales sean altos y permitan mantener este traslado de riqueza, habrá “conciliación entre el capital y el trabajo”, habrá “pacto social”, un frente social en el cual no participa la oligarquía, sino que resulta su víctima.

⁶ Puiggrós, Rodolfo: *Libre empresa o nacionalización en la industria de la carne*, Buenos Aires, Argumentos, 1957, p. 214.

duras negociaciones con los ingleses en materia de carnes (“Ni un penique más para Perón”, protesta en primera página el diario inglés *News Chronicle* el 31 de marzo de 1949⁶). Es decir, rescata parte de la renta diferencial que se llevaba el imperialismo, pero, además, fija un tipo de cambio que le permite apropiarse de una parte de lo que percibe el exportador por sus ventas. Esa parte de renta diferencial es transferida por el Banco Central a los industriales, que –utilizando también tipos de cambio selectivos, según los productos– logran importar a bajo precio máquinas e insumos, mientras la combinación con tarifas aduaneras protectoras impide la competencia del producto terminado extranjero a las nacientes industrias. Otra masa de riqueza, a través del Banco de Crédito Industrial, les llega a los industriales en forma de créditos a bajas tasas de interés en el curso de un proceso de inflación controlada, con lo cual se financian, pues devuelven esos préstamos a moneda devaluada.

Otras medidas se conjugan en este sistema: la congelación de arrendamien-

Los componentes del frente se asocian así obteniendo, cada uno, importantes conquistas: los militares expanden sus inquietudes en las tareas productivas de Fabricaciones Militares, la Iglesia obtiene la enseñanza religiosa y una gran influencia sobre la Universidad (el peronismo desaloja de allí a los representantes de la cultura liberal oligárquica, pero no puede reemplazarlos con equipos nacional-democráticos casi inexistentes, salvo los forjistas y conforma al nacionalismo de derecha con esta cesión), los industriales reciben protección estatal y amplio consumo interno, los trabajadores logran conquistas sociales, ocupación plena y fuerte redistribución del ingreso, los inquilinos gozan del congelamiento en épocas de inflación, los chacareros medianos dejan de ser explotados por los consorcios cerealistas –que ya no son dueños de los elevadores– y compensan los menores precios agrarios con los arrendamientos congelados. Por supuesto, una parte de la sociedad desmejora en su participación en el ingreso: los ganaderos y exportadores, el latifundista ausentista que vive de arrendamientos, el inmigrante que ha conseguido construir, además de su casa, alguna vivienda para vivir de rentas y ahora, los alquileres que percibe no le cubren los impuestos que le aplica el gobierno.

Por otra parte, se produce un notable ascenso social de la mujer, más incorporada a la producción, con capacidad política a través del voto y acceso a las actividades profesionales. Asimismo, se realiza una importante tarea de ayuda social, desde el Estado y a través de la Fundación Eva Perón, donde Evita desarrolla un trabajo infatigable para resolver carencias del sector más postergado de la sociedad.

Perón elevará al plano de la doctrina esta asociación producida en el frente nacional y la llamará “comunidad organizada”. Por momentos, en alguno de sus discursos pareciera que cree posible que “la comunidad organizada” alcance a toda la sociedad, pero es evidente que su proyecto de Liberación Nacional se sostiene en la “comunidad organizada” de los sectores nacionales enfrentada al frente oligárquico que representa al viejo país semicolonial.

Pero ¿cómo se conduce un frente de este tipo donde –aunque amenguados– existen contradictorios intereses y proyectos, donde conviven componentes con ópticas diversas y reclamos particulares?

Perón y la conducción del frente

El frente policlasista nacido el 17 de octubre de 1945 levanta un proyecto: concluir con el viejo país agrario y quebrantar la dependencia. Pero los diversos integrantes del frente observan ese proyecto de Liberación Nacional desde diversas ópticas: para los hombres del Ejército significa, ante todo, echar las bases de una industria pesada propia que asegure la autonomía de las Fuerzas Armadas sin subordinarse a armamento importado, ni asesoramiento ni tecnología extranjera; para la burguesía nacional significa, esencialmente, la protección estatal ante la competencia del producto importado y un mercado interno en expansión, es decir, condiciones para el desarrollo de un capitalismo nacional; para los trabajadores implica ocupación plena, decisivo avance en sus derechos laborales y un mejoramiento del salario real. Si cada uno de estos proyectos se hubiese encarnado en diversas agrupaciones políticas, el frente se habría dado como alianza de varios partidos y de ese compromiso hubiese debido surgir una dirección política representativa de todos ellos, unificada en coincidencias comunes pero también con las inevitables disidencias internas. Pero no ocurrió así porque, como sostiene Puiggrós, “ya en 1936 todos los partidos políticos argentinos eran conservadores”, es decir, resultaban servidores o cómplices del viejo orden semicolonial. Por esta circunstancia, el naciente movimiento policlasista debió improvisarse una conducción, generar un líder capaz de